



Carta a los comunicadores centroamericanos que se reúnen en El Salvador

Amigos y colegas centromericanos:

Achaques de salud me impiden estar hoy entre ustedes compartiendo el Encuentro Centroamericano de Escuelas de Comunicación. Pero como no puedo faltar a esa cita que tanto me ilusionaba he trasladado la invitación a mi amigo William Ferndo Torres, con el que llevo veinte años compartiendo sueños y luchas, y quien les lleva esta carta.

Provengo de un ámbito doblemente exterior al campo de la comunicación: de la filosofía y la antropología. Nada más reñido con el pragmatismo instrumental dominante desde sus inicios hasta hoy en el campo de estudios de la comunicación que el pensamiento filosófico, y nada más alejado de su obsesión disciplinaria que la apuesta antropológica contemporánea. De ahí que mi investigación haya estado dedicada en gran medida a estallar las falsas seguridades que procura el pragmatismo tecnista, y a conectar esos estudios con las dinámicas culturales y los movimientos sociales. Mi talante filosófico ha incomodado constantemente a los especialistas y expertos en comunicación pues *des-ubica* tanto sus fronteras teóricas como su funcional visión del oficio de comunicador. Pero es que eso constituye justamente la clave estratégica de todo mi trabajo: la de llevar el debate más allá de la legitimidad teórica del campo de la comunicación, hacia la cuestión de su *legitimidad intelectual* y su *responsabilidad política*, ya que es en esa perspectiva en la que la comunicación aparece como lugar estratégico desde el que pensar los más densos y conflictivos procesos de nuestras sociedades, y en la que el oficio de comunicador es trastornado por la inevitable tensión entre las destrezas del experto y los compromisos del intelectual. La cuestión de fondo que nos plantea hoy día la comunicación, desborda por todos lados al recinto académico para insertarse de lleno en la pregunta por el peso que tienen nuestras investigaciones en la transformación de la sociedad. De no ser así el crecimiento del número de Escuelas de comunicación en nuestros países, e incluso sus avances teóricos, pueden estarse convirtiendo en una verdadera trampa, en una coartada: aquella que nos permite esconder tras el espesor opaco de los discursos nuestra incapacidad para asumir la gravedad de las nuevas formas de exclusión que hoy provienen del espacio mismo de la comunicación mal llamada *social*.

Puede que a más de uno le desoriente la propuesta que voy a hacer. Se trata de que *el comunicador se forme y se asuma como intelectual*, justo hoy cuando su figura emblemática es la del periodista absorto por la instantánea actualidad, una figura cada día más descaradamente sometida a la presión de un presente autista y a la cooptación proveniente de la "voz de su amo", ya sea la de los amos locales o globales de los medios. Además, y después de todo el esfuerzo puesto en nuestras escuelas de comunicación por asumir la dimensión productiva de la profesión, ¿no estaría esa propuesta devolviéndonos a la época en que el estudio de la comunicación se confundía con la mera denuncia? ¡Pues no! De lo que se trata es de algo muy distinto. Y es que en la medida en que el espacio de la comunicación se torna cada día más decisivo en el desarrollo o el bloqueo de nuestras sociedades se hace más nítida la demanda social de un comunicador *no intermedario de los intereses mercantiles* sino *mediador de las demandas sociales y las diversas maneras de constituirse en ciudadanía*. Un mediador capaz de enfrentar las contradicciones que atraviesa su práctica: las que atraviesa su lucha contra el acoso del inmediatismo de la actualidad y

los legítimos, pero, con demasiada frecuencia, bastardos intereses del mercado y de la política, para poner un mínimo de contexto social e histórico, un mínimo de distancia crítica que le permita a los ciudadanos comprender el sentido de lo que acontece. Frente a la crisis de la conciencia pública entre los políticos de oficio, y la pérdida de relieve social de muchas de las figuras tradicionales del intelectual, hoy es indispensable que los comunicadores hagan relevo y se tomen verdaderamente en serio que en la comunicación está en juego de manera decisiva la suerte de lo público y la supervivencia de la democracia. De lo contrario tendremos que preguntarnos seriamente en qué medida la enseñanza de la comunicación en nuestras universidades no está contribuyendo a fomentar un nuevo tipo de monopolio de la información, tan nefasto como el que concentra la propiedad de los medios en unas pocas empresas, pues al contribuir a concentrar el derecho de la palabra pública en manos de los expertos en comunicación, se está convirtiendo un derecho de todos en profesión de unos pocos.

Y termino. Quizá el significado más doloroso y estratégico de lo que debe ser la comunicación nos venga de una experiencia que conocemos a fondo los salvadoreños y los colombianos, y todos los centroamericanos. Me refiero a la experiencia de desarraigo que viven los millones de migrantes y exiliados, a medio camino entre sus universos campesinos y el actual mundo urbano en cuya racionalidad económica e informativa se disuelven sus saberes y su moral, se devalúan su memoria y sus rituales. Para ellos hablar de comunicación es hablar de una sola cosa: del reconocimiento de su lucha por sobrevivir física y culturalmente y del respeto a sus derechos. Que se sintetizan en el *derecho a una real participación* en las decisiones que afectan su vivir y a *la presencia de sus demandas y luchas* en todos los medios masivos y comunitarios, de manera que sus culturas cotidianas, sus sentires y sensibilidades se hagan visibles y escuchables a lo largo y ancho de estos países nuestros tan desgarrados y a la vez tan creativos.

Esa era la cuestión que quería plantearles por encima de las temáticas explícitas del Encuentro que les reúne. Pues esa es la cuestión que llevó, a mi filósofo, a extraviar su oficio por los senderos y laberintos de la comunicación y la que justifica mi virtual presencia de hoy entre ustedes.

Con mi fraternal abrazo,
Jesús Martín Barbero

Bogotá, 12 de julio, 2005